

Pesquisas acerca de la aprehensión y el fusilamiento de don Melchor Ocampo

Junio 3 de 1892.

Partiendo del Salto, perteneciente á la jefatura política de Tula, Estado de Hidalgo, y en dirección al antiguo camino real del interior, de súbito aparece Tepeji del Río sobre una fértil colina. De lejos asoman las azoteas de la fábrica de hilados y el caballete pajizo de una que otra casucha situada muy afuera. La arboleda alta, copuda y frondosa vela el centro del pueblo; una calle larga, tortuosa y quebrada, lo divide por mitad. De la pendiente bajan jugueteando manantiales de agua zarca y fresca, pasan murmurando por la calle invaden en silencio las espaldas de las casas y rien al atravesar los sembrados que lindan con las márgenes del río, allá abajo en la pequeña hondonada. Parece que los sepulcros de las generaciones decrépitas produjeron el humus, que ha vuelto tierra fértil á aquélla de puro cascajo y arcilla. Sólo en las cimas hay llanos amarillentos y esquilados por la sequía y el sol. Los montículos quieren extender su verdor, y como no se lo permite la tierra rebelde al cultivo, dejan ver el anchuroso camino, antiguamente tan transitado, cual brazo enflaquecido que implora piedad á otros horizontes. Muchas veces el partido conservador pasó triunfante por allí, y fué bien recibido; el Imperio después, y fué respetado; luego la República, y fué vitoreada. Allí les dieron hospedaje, en familia al general Félix Zuloaga, como Presidente; á Maximiliano, investido de Emperador, y á Ocampo, como sencillo ciudadano, en pobre cuarto de mesón; pero á Ocampo para que recibiese la muerte. En ese pueblo, hace treinta años, no había ideas políticas fijas, ni patriotismo: las creencias católicas esclavizaban á las conciencias.

Ahora, ancianos ya los que presenciaron la reducida victoria de los conservadores y el Imperio, hostigados por el progreso, les viene el

arrepentimiento y en penitencia denigran aquel entonces que les perteneció.

El cura don Domingo Morales, don Piedad Trejo, don Félix Montero, don Ramón Alcántara, don Agustín Igueras y don Manuel Corral formaban el grupo que se acercaba amigablemente, ya al general Zuloaga, ya á Márquez, ya á Maximiliano, ya á los jefes del partido liberal; sin ser conservadores, ni imperiales, ni liberales. Don Piedad Trejo, el más conocido en Tepeji del Río, solía abrigar á unos y otros en su hogar y sentarlos á su mesa. Don Piedad revela hechos que hay que tener muy en cuenta, porque fué testigo de ellos, estando cerca de Zuloaga y Márquez á su paso por Tepeji del Río.

Al enterarse del objeto de mi viaje, el señor Trejo exclamó:

—¡Qué equivocación, ni qué equivocación había de haber en el fusilamiento de Ocampo!

—¡Cómo, señor! ¿qué no hubo la equivocación que aseguran Zuloaga y Márquez?

—Pues no. ¡Dígame usted si yo no lo había de saber, que todo lo ví!

—Entonces, ¿cómo aconteció la muerte de Ocampo?

—En primer lugar, diré á usted que no tengo certidumbre de lo que dice Zuloaga, de que en mi casa comían ese día; es cierto que una que otra vez comían conmigo. Estaban alojados en la casa de la familia del general Rosalío Flores. Llegaron de la Villa del Carbón á las once de la mañana; ya traían á Ocampo. Luego aprehendieron á León Ugalde; venía en la diligencia que un tal Pedro Saint Pièrre conducía. A orillas de la población, Saint Pièrre dijo á Ugalde:

—Las fuerzas de Márquez y Zuloaga están aquí.

—No importa; no me conocerán—contestó Ugalde.

—Lo van á conocer á usted.

—No; adelante.

Ugalde se puso un traje de dril sobre su uniforme de militar, y así entró en el pueblo. Al llegar al mesón de San Antonio le conocieron; uno de tantos le vió y dijo:

—Ahí está León Ugalde.

Y lo aprehendieron. Estaba oculto en un rincón del coche. Inmediatamente lo encapillaron en un cuarto del mismo mesón. Apenas lo supimos, el cura Domingo Morales, Félix Montero, Ramón Alcántara, Agustín Igueras, Manuel Corral y yo empezamos á movernos

para salvarlo. Vimos á Márquez, á Zuloaga, á Taboada y á todos los principales; y nada pudimos conseguir. La fuerza lo sacó del mesón de San Antonio para ir á fusilarle á Las Trojes, y detrás de la fuerza íbamos nosotros pidiendo suplicantes el perdón; por fin, ya en Las Trojes, en el momento en que lo iban á encerrar en el cuadro, lo salvamos; nos lo trajimos al mesón; le dimos una copa. Ugalde venía muy enfermo, no podía andar: traía dos incordios. Salvamos del mesón, de dejar á Ugalde, cuando oímos decir:

—Ya van á fusilar al señor Ocampo; lo tienen en capilla.

—¿Quién les dió la noticia?

—No recuerdo, no sé quién: la oímos decir.

—Pues ya verá usted: el mismo grupo de personas, á la cabeza el cura Morales, fuimos á la casa del general Rosalío Flores. Estaban Zuloaga, Márquez, Taboada, Zires y todos; creo que en junta de generales; nos dirigimos á Márquez y Taboada.—Señor, le manifestamos á Márquez: venimos á pedir que no fusilen á Ocampo; nos van á perjudicar: Ocampo es un grande hombre, de mucha representación.—No hay remedio, no hay remedio, nos dijo Márquez.—Tal vez los liberales nos quieran perjudicar cuando pasen por aquí.—No hay remedio, no hay remedio.

—Y los otros ¿hicieron algo para salvar á Ocampo?

—Nada pudimos conseguir de todos ellos.

—Ahora verá usted—prosiguió el señor Trejo—el cura Morales fué al mesón de las Palomas á ver si lograba que Ocampo se confesara. El señor Ocampo le manifestó:—No se moleste usted, yo estoy bien con Dios y él está bien conmigo. Cuando lo sacaron del mesón, atrás fué el cura queriendo convencerlo. Por acá pasó entre la fuerza (el señor Trejo vive en la calle real, entre el mesón de las Palomas y el de San Antonio). Recuerdo bien: iba en un caballo *mapano*, llevaba un saquito de dril aplomado, con una varita jugaba las crines. ¡Mucha serenidad! ¡mucha serenidad! Se fueron á Caltengo. A su salida manifestó que deseaba adicionar una cláusula á su testamento, y la escribió en el despacho de la hacienda. Después supimos por Andrade que Márquez había ordenado que colgaran el cadáver. Nosotros lo encontramos colgado de las axilas.

—Ya verá usted—continuó don Piedad. Nos interesamos en descolgarlo; Márquez no quería. Por medio de Taboada lo conseguimos: lo descolgamos á las cuatro de la tarde. Al otro día, pasando

Márquez con la tropa por la casa donde lo velábamos, me dijo:—Haga usted que ese cadáver se sepulse. Ví que salía de la población y no le hice caso. Indiqué á las autoridades la conveniencia de dar aviso al ministro de la guerra á México, y éste telegrafió que enviáramos el cadáver á Cuautitlán, que allí lo esperaba y recibiría una fuerza. Tenía desfigurada la cara; ordené á mis penadores, entre ellos á Apolonio Ríos, que se la lavaran. Lo metimos en un cajón, y así fué. Los que lo condujeron pagaron el pato: al llegar á Cuautitlán, indignados los soldados, los insultaron, los injuriaron y hasta querían pegarles.

—¿Quién fué, pues, el culpable: Zuloaga ó Márquez?

—Zuloaga era un pobre hombre, si ni hacía nada.

—De la muerte de Ocampo, ¿qué opinaron los demás?

—Todos manifestaron disgusto.

—Y el testamento, ¿qué sucedió con él?

—Ahora verá usted el paradero: Ocampo se lo entregó á Taboada para que lo pusiera en manos de su familia; pero Taboada no lo entregó. Conque un día Robles Pezuela, de paso por acá, me refirió: “¿Qué dice, Piedad, que á la fuerza de Taboada le quitaron el testamento de Ocampo?” Nicolás Romero había derrotado á Taboada en la hacienda de la Concepción, cerca de Tepotzotlán, y le había quitado el testamento.

—¿Márquez tuvo la culpa de la muerte de Ocampo?

—Márquez era el principal, el que verdaderamente mandaba y ordenaba todo.

—¿Usted lo conocía bien?

—Sí; y en tiempo del Imperio estuvo otra vez aquí. Veá usted lo que era: Maximiliano se hospedó en mi casa y me dijo: —“Nos prepara usted una buena cena.” Márquez, cuando estuvimos á solas, me indicó ante el ministro Aguirre:—Mándenos usted preparar dos cenas por otra parte.—¿Qué no cena usted con el Emperador?, le pregunté.—Yo no ceno con ese tal, por cual...—¿Qué todavía no le sale la pulla?, preguntó el ministro Aguirre á Márquez.—¡Ah, ya verá! ya verá...! No sé qué le había hecho el Emperador; creo que era por lo del destierro á Europa ó no sé adonde: el caso es que por Maximiliano salió fuera de México algún tiempo.

Don Nicolás Corral, actualmente presidente municipal de Tepeji

del Río, ese día de la muerte de Ocampo, era el administrador del mesón de las Palomas, donde estuvo y fué encapillado el Reformador.

Cuenta el señor Corral:

—Supe que estaba aquí Ocampo hasta que el criado, á quien le pidió agua, me lo dijo.

—¿Ya le conocía usted?

—No; yo, asombrado de la noticia, me fuí detrás del criado que le llevó el agua para conocerlo; me asomé á la puerta; lo ví: ¡estaba sereno!

—¿Ya estaba en capilla?

—Sí; en ese mismo cuarto, el número ocho. (Estábamos en el meson y practicábamos una vista de ojos.) Como á medio día pidió papel y tinta; hizo su testamento. A las tres de la tarde lo fueron á sacar para fusilarlo. Yo me guardé el tintero que le sirvió, como una reliquia. Y se me acaba de perder ahora que me trasladé á otra casa.

—¿Vió usted el fusilamiento?

—No; supe que el señor Ocampo murió con mucho valor, que repartió todo lo que tenía entre los soldados que le dispararon, que ya que iban á apuntarle, vió á un corneta de cuerpo pequeñito y le dijo:—“A tí no te he dado nada, ¿verdad? Toma.” Y le dió un peso que le quedaba en el bolsillo. Después oí decir á los mismos soldados:—“Al jefe Aldana le fué bien, le tocó las chaparreras.”

De Tepeji del Río á Caltengo hay una legua corta; de uno y otro lado del camino sacan sus ramas, fresnos, moreras silvestres, higueras y durazneros; de trecho en trecho un manantial atraviesa el camino; acá y allá asoman sus aleros mohosos una que otra cabaña. Cuando aparece la aridez, entra uno en terrenos de Caltengo: un caserón y á uno de sus costados un manzanar defendido por altas paredes. Cien metros más adelante, el camino real se bifurca; en el ángulo, sobre una pequeña elevación, vive un pirú con dos brazos descortezados, carcomidos, viejos, secos. El árbol quiere ser una cruz. El fervor por él lo revelan las aserraduras y los astillados. Un retoño zancón arranca del tronco, haciendo contraste con el resto. Llegamos al árbol: los caminantes, al pasar junto á él, se quitan el sombrero.

Y me habló el guía:

—No pasa ninguna tropa sin que le haga los honores: tocan alto, hacen una descarga, ponen las armas á la funerala y la banda de música ejecuta una marcha fúnebre.

Después de la publicación del folleto en la Habana sobre la muerte de Ocampo, por el general Leonardo Márquez, y la contestación del general Félix Zuloaga, éste ha querido decir la última palabra acerca de tan importante cuestión. He aquí nuestra entrevista:

—¿Quién dió la orden para aprehender á Ocampo?

—Lo ignoro.

—¿En qué lugar, y á quién fué entregado el señor Ocampo?

—En Huapango, estancia de Arroyo Zarco, y al general en jefe que era Márquez.

—¿Quién supo primero la aprehensión de Ocampo, usted ó Márquez?

—Márquez, que fué á quien se presentó Cajiga.

—¿Podía Cajiga obrar sin orden superior?

—Entiendo que no; pero no fué de orden mía.

—¿Qué grado tenía Cajiga?

—Por mí, no tenía ninguno, á no ser que otro le haya conferido algún grado.

—¿Qué le dijo usted al señor Ocampo la primera vez que le habló?

—No recuerdo haber hablado con el señor Ocampo, ni si lo ví; pero sí lo que hice fué recomendarlo á Taboada, que estaba encargado de su custodia por Márquez.

—¿Creía Ocampo que lo iban á fusilar?

—No sé.

—¿Quién le tuvo bajo su vigilancia luego que Cajiga lo entregó?

—El general Taboada, que mandaba la caballería.

—¿Hubo personas que interpusieran su valimiento para salvar á Ocampo?

—No: si no se sabía si lo iban á fusilar. Conmigo, ninguna; pero sé que mi esposa, á petición de Saligny, envió una carta á Márquez, que llevó don Antonio Colomo y llegó fuera de tiempo, empeñándose para que no se fusilara al señor Ocampo.*

* Excmo. Sr. General D. Leonardo Márquez.

Prisión del Arzobispado, Junio 3 de 1861.

Sr. de todo mi aprecio y consideración:

Por la carta que mostrará á V. Félix, á quien le he escrito con esta fecha, verá V. que el E. Sr. ministro de S. M. el emperador de los franceses, ha interpuesto no solo respetos personales, sino los de su mismo soberano á fin de que una persona con quien lo liga amistad como el Sr. Ocampo, sea puesto inmediatamente en libertad por V.

No dudo Sr. General unir mi súplica muy eficaz á la del Sr. Ministro de Fran-

- ¿Qué generales estaban en Tepeji?
 —No recuerdo; sólo estoy cierto del coronel Agustín Díaz, con quien me incorporé á Márquez, con cosa de 300 hombres que llevábamos.
- ¿Qué hacían en el momento que fusilaban á Ocampo?
 —Estábamos almorzando en la fonda de la Diligencia cuando llegó Andrade, ayudante y jefe del estado mayor de Márquez, á darle parte del fusilamiento; noticia que me sorprendió y suceso que Márquez atribuye á equivocación de mi ayudante, según el mismo Márquez expresa en el último párrafo de su *Manifiesto*.
- ¿Le ordenaron que se dispusiera á morir?
 —Lo ignoro.
- ¿El general Negrete firmó el testamento antes ó después del fusilamiento?
 —Lo ignoro.
- ¿Por qué no fusilaron también á León Ugalde?
 —Supongo que Márquez lo indultara.
- ¿Quién mandó el cuadro que fusiló á Ocampo?
 —Lo ignoro.
- ¿Quién ordenó que colgaran el cadáver de Ocampo?
 —Lo ignoro; pues de lo que pasó en Caltengo, donde fué fusilado, no sé nada.
- ¿Cómo juzga usted á Ocampo?
 —Que era un hombre de capacidad y de los más eminentes del partido liberal. Pero al ser aprehendido no estaba en el gobierno.
- ¿Qué dice usted del folleto de Márquez?
 —Todo está lleno de falsedades.
- ¿Qué dijo usted á Márquez al saber el fusilamiento de Ocampo?

cia, porque aunque no tenga por sí misma toda la fuerza que yo sinceramente deseara, conozco los sentimientos de V. y sé que su buen corazón le ha de dictar una acción generosa cual se necesita en la ocasión presente, y que influirá no sólo en el buen nombre de V., sino quizá también en que por un camino que no hemos pensado, se puedan disminuir los horrores de una larga guerra civil y los padecimientos de multitud de familias inocentes que tendrían que sufrir lamentables pérdidas, si las cosas llegasen á otros extremos.

A la multitud de personas que se interesan por el Sr. Ocampo, he asegurado que nada tienen que temer y sólo ansío por la contestación de V. para anunciarles una feliz nueva. Nunca es mejor un hombre, Sr. General, que cuando hace una buena acción, y V. no se arrepentirá de la que en esta vez ejecute, seguro de la gratitud de su afma. S. S. Q. B. S. M.

María de la Gracia Palafox de Zuloaga.

- Me indigné al saber el fusilamiento, y previne á Márquez que mandara procesar á Taboada y Andrade por esa equivocación que es el último dijo que se había cometido.
- ¿Cómo juzga usted á Márquez?
 —Me abstengo de dar juicio sobre su persona.
- Si no ordenaron la aprehensión de Ocampo, ¿por qué no le dieron libertad?
 —No dependía de mí, sino del general en jefe, Márquez.
- ¿Persegúan á Ocampo?
 —Por mi parte, no.

Testigo bastante autorizado es el general Miguel Negrete que estuvo en aquella época cerca de Márquez y Zuloaga, cuando aconteció la muerte de Ocampo, para que su dicho sea tenido muy presente en esta cuestión histórica:

—Señor general, ¿quién es el culpable de la muerte de Ocampo, Márquez ó Zuloaga?—le pregunté.

—En esta vez, como en la primera, pongo á su disposición los dos tomos de mis *Memorias*—me contestó.

Y leí en el segundo tomo, en la página 160: “Un día recibí una orden del señor general Márquez para que marchara á unirme con él á Cuautitlán, donde se encontraba con una fuerza respetable que traía de la Sierra. A las diez de la mañana me incorporé con mi fuerza á las del señor Leonardo Márquez y con bastante disgusto supe que esa mañana, á las ocho, había fusilado al señor licenciado don Melchor Ocampo, y que éste, antes de fusilarlo, había hecho su testamento, al que le faltaba una firma de un testigo, prestándome yo voluntariamente para legalizar dicho documento con mi firma, no obstante ver que todos se rehusaban firmar. Esta ejecución se había hecho por orden del señor general don Félix Zuloaga que aparecía allí con el título de Presidente.”

—Bien, general; pero yo quiero detalles.

—Al apearme en la casa del general Rosalfo Flores, en Tepeji, donde estaban hospedados los principales jefes, me dijeron:—¿Ya sabe usted lo que pasó?—¿Qué?—Acaban de fusilar á Ocampo.—¿Adónde?—Ahí; en el camino está colgado.

—Pero, general, ¿quién lo fusiló?

—A mí me dijeron: “La que lo ha fusilado es la fuerza de Lindoro Cajiga.” Y él mismo fué, porque así me lo han dicho.

—¿A qué hora llegó usted á Tepeji del Río?

—Yo llegué entre diez y once de la mañana del día que lo habían fusilado.

—¿Qué decían los jefes?

—Había disgusto entre los jefes superiores: el mismo Taboada estaba disgustado.

—Y usted ¿qué impresión recibió?

—Mala impresión. He sido siempre y soy enemigo de los asesinatos políticos; pues he salvado á infinidad de personas del patíbulo, cuando ha estado de parte mía salvarlas.

—¿Y las personas caracterizadas de la población?

—Trejo, en una conferencia que tuvimos, me dijo que habían hecho una barbaridad.

—Si usted no vió la muerte de Ocampo ¿cómo firmó usted el testamento?

—Lo firmé á las diez de la noche, después de cenar, cuando ya lo habían fusilado.

—¿Cómo es eso?

—A mí me habló Taboada para que lo firmara yo.

—¿En qué clase de papel estaba escrito?

—En un pliego de papel simple.

—¿En poder de quién quedó el testamento?

—Lo recogió Taboada, creo; no estoy cierto.

—General, ¿supo usted si la orden del fusilamiento había sido dada por Márquez ó Zuloaga?

—No puedo contestar. Supe al llegar que lo habían fusilado; no supe dónde, ni cómo.

—Cuando el fusilamiento, ¿estaban en Tepeji los generales Francisco Vélez y Agustín Zires?

—Sí, señor, estaban los generales Vélez * y Zires.

—¿Y el general Ignacio Alatorre?

—No, ese no; se había quedado conmigo en la Villa del Carbón. Después de la entrevista con el general Negrete, al darle la mano, me advirtió:

* Siempre que al general Francisco A. Vélez le hemos hablado ó escrito acerca de estos hechos, no se ha dado por entendido.

—Oiga usted: cuidado con decir que me confesó, como dijo en *El Monitor Republicano*: yo no me confieso con nadie: yo digo la verdad.

El señor general Ignacio Alatorre, actualmente ministro de México en Guatemala y que era teniente coronel á la muerte de Ocampo, me concedió una entrevista, que tiene importancia por estar de acuerdo con lo que han dicho otras personas de autoridad:

—¿Estaba usted en Tepeji del Río cuando fusilaron á Ocampo?

—No; estaba yo en la Villa del Carbón, á las órdenes inmediatas del general Miguel Negrete; entonces yo era teniente coronel y él era coronel.

—¿En qué parte tuvo usted noticia del fusilamiento?

—No recuerdo bien: creo que en la Villa del Carbón; pero la recibimos con indignación. Desde entonces todos estuvimos mal.

—¿Quién cree usted que dió la orden?

—Creo que fué Márquez. Zuloaga era un pobre hombre que no hacía nada. Y si no ha querido Márquez, no fusilan nunca á Ocampo

—¿Quiénes estaban en Tepeji?

—Deben haber estado Miguel Andrade, Gálvez, Domingo Herrán, Platón Roa, no sé si Cobos, tal vez Francisco Vélez; Ismael Piña, que era el tesorero de Márquez; estaba de ayudante el general Lorenzo Cabañas.

—¿Y de qué manera supo usted la noticia?

—De esta manera: que había sido aprehendido el señor Ocampo y que Lindoro Cajiga lo había fusilado. Pero Lindoro Cajiga ha de haber llevado orden de alguno; si no, estoy seguro de que no lo hubiera hecho. *

—¿Negrete firmó el testamento de Ocampo antes ó después de su muerte?

—Ni sabía yo que Negrete hubiera firmado el testamento, ¿qué lo firmó?

—Sí, señor; firmó el testamento.

—Es la primera noticia que tengo. No sabía esta circunstancia, ni me la explico.

—¿Alguna vez Zuloaga le habló á usted del fusilamiento de Ocampo?

- Nunca ví á Zuloaga. Supe que andaba con Márquez.
- ¿Y qué dice usted de lo que afirma Márquez en sus APUNTES PARA LA HISTORIA: . . . "mandé que se le diese guardia con bandera (á Zuloaga), cuyo servicio cubrió el 6º batallón de línea, que estaba mandado por el teniente coronel Alatorre?"
- Lo que dice Márquez es mentira; estaba yo distante de ese campo de operaciones. Ni he dado guardia de honor á Zuloaga.

El coronel Agustín Díaz, jefe de las fuerzas del general Zuloaga, mucho antes de que se incorporaran á las de Márquez, contesta á mi serie de preguntas así:

- ¿Dónde se unió usted al general Márquez?
- En el monte Huichilac, cerca del Guarda, el general Zuloaga recibió una carta del general Márquez, en la que le decía que estaban por llegar fuerzas extranjeras á México, para hacer algunas reclamaciones; que lo invitaba á pasar á su campamento como presidente de la República y con el carácter de gobierno conservador, para que aquéllas tratasen con él y tuviera respetabilidad. La carta en papel de seda estaba escrita con agua de arroz, apareciendo las letras al pasarle cierta tintura. Y nos incorporamos en la Villa del Carbón con la fuerza que custodiaba al general Zuloaga y que ascendía á 300 hombres.
- ¿Quién dió la orden para aprehender á Ocampo?
- Me supongo que fué el general Márquez, porque quien lo aprehendió fué Lindoro Cajiga, administrador de la hacienda de Arroyo Zarco, y cuyo jefe estaba á las órdenes directas del general Márquez. Si hubiera sido el general Zuloaga, lo natural era que me hubiera dado la orden, mejor que á otro jefe, puesto que yo había llegado con el general Zuloaga y con mi fuerza había ido por él á Tlalmanalco.
- ¿Dónde supieron la aprehensión de Ocampo?
- En la hacienda de Huapango, y la supe hasta que llegó Lindoro Cajiga, con Ocampo preso. Gritaron todos: ¡Allí está Ocampo!
- ¿Hablaron con Ocampo los generales Zuloaga y Márquez?
- Supongo que hablaron.
- ¿Quién dió la orden de fusilar á Ocampo?
- Es de creerse, es de suponerse y casi afirmarse, que quien la dió fué el general Márquez.
- ¿Por qué cree usted esto?

- Porque quien verdaderamente mandaba era el general Márquez y no el general Zuloaga; puesto que, como he dicho antes, Ocampo fué aprehendido por Lindoro Cajiga, que estaba subordinado directamente al general Márquez, desde antes que se incorporara el general Zuloaga al cuerpo del ejército. Y Ocampo estuvo preso en uno de los cuarteles de los cuerpos que formaban la brigada del general Taboada, subordinado directamente al general Márquez, y cuyo jefe, el general Taboada, no hubiera obedecido una orden del general Zuloaga, si se la hubiese dado; puesto que en el ejército conservador las órdenes se reciben por sus conductos, y aunque el general Zuloaga recibía título de presidente, nadie le obedecía directamente, sino que se obedecían las órdenes del general Márquez.
- ¿Hubo alguna comisión de personas que interpusiera su influencia cerca del general Zuloaga ó del general Márquez, para salvar á Ocampo?
- Oí decir que había algunas; pero yo no las ví, ni hablé con ellas.
- ¿El general Negrete firmó el testamento de Ocampo antes ó después del fusilamiento?
- No lo sé. Hasta este momento sé que el general Negrete lo firmó.
- ¿Cómo supieron que habían fusilado á Ocampo?
- Como se saben las cosas en un campamento: por las noticias que se transmiten unos á otros: que lo habían fusilado y que no se había querido confesar.
- ¿Quién mandaba el piquete de fuerza de ejecución?
- Fué un oficial de uno de los cuerpos que formaban la brigada del general Taboada.
- ¿Cómo se llamaba?
- No recuerdo, ¡cómo había de recordar como se llamaba! ; No recuerdo á veces ni los nombres de mis hijos!
- ¿Qué generales estaban en Tepeji del Rio?
- Negrete, José María Gálvez, Taboada, Juan Bautista Argüelles y José Gutiérrez. El teniente coronel Ignacio R. Alatorre y el general Francisco Vélez estaban en la Villa del Carbón.
- ¿Márquez era el jefe?
- El que mandaba á todos. Juzgue usted lo que era, por esto: en las Cruces, al salir para Huixquilucan, en el camino, satisfecho de mi conducta el general Zuloaga, indicó que se me nombrara coman-